



# El Eco de Cartagena

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9153

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. J. reit, rue Cassini, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester Street.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 24.

MIERCOLES 4 DE MAYO DE 1892

COLABORACION INÉDITA

## PARENTESIS

Llegan á mi oído en estos momentos los ecos de cien y cien campanas que se revolven y agitan en los campanarios pregouando vocingleras y estruendosas la fiesta nacional del 2 de Mayo.

Ochenta y cuatro años van á cumplirse desde que se realizó aquella y gloriosa epopeya que inmortalizó los hombres de Palafox, de Mina, de Daoiz, de Velarde, de Ruiz... Ochenta y cuatro años que han producido en España una metamorfosis honda, profunda, que agotó aparentemente las energías nacionales, aquellas energías que produjeron epopeyas como las de Bailén, la de Zaragoza, la de Puente Sampayo, la de Madrid, y la de tantas otras partes.

Los que sentimos sobre todo los amores de la patria, porque lo concebiamos como germen de todas las grandezas, al oír el alegre repiqueteo de las campanas, y el sororo estampido de los cañonazos sentimos repercutir en nuestros oídos los ecos de victorias de hace 84 años, y ante nuestra vista se presentan con todos sus hermosos colores y gloriosos detalles aquellos cuadros del heroísmo, y en nuestra memoria surgen las remembranzas eternas de pasados hechos, orgullo de nuestra raza, timbre preclaro de nuestra historia, asombro del mundo...

Se dice que el progreso borra las fronteras. Ese no es progreso, ese es síntoma de decrepitud, de falta de ideales, de absoluta carencia de energías. Eso no es progreso, y los que así dicen no saben lo que es el progreso verdadero y, lo que es peor, también ignoran lo que es patria.

No quiere esto decir que á fines del siglo siguiente, hacia hermanos nuestros los odios que sentiamos

cuando el siglo comenzaba... Pero si las circunstancias han variado, no variarán jamás las arrogancias del pueblo español, hijas no de nobilidades sino de profundas convicciones. El amor á la patria hizo en tiempos que fuese España la nación más poderosa del mundo. El amor á la patria determinó siempre nuestros inolvidables triunfos históricos. Si; el pueblo español, abrumado por continuas desgracias conservará siempre inextinguible en su pecho, ese amor sagrado, como conservará en su memoria esos recuerdos gloriosísimos.

La fecha del dos de Mayo es la conmemoración de una epopeya. Sirvan de ejemplo el heroísmo y la abnegación de nuestros mayores, para fijar los ojos en lo porvenir, apartándolos de la miseria de lo presente... El que no es buen hijo no es patriota; el que no es buen patriota no es buen ciudadano... Lloremos, pues, sobre la tumba de los héroes y sintámonos dignos de nuestra historia.

CALIXTO BALLESTEROS.

## VARIEDADES

COLABORACION INÉDITA.

### EL CIEGO Y LA MELA

Con puntualidad inalterable llegaba el ciego á su acostumbrado sitio, acompañado de una jovencuela que allí le dejaba para volver á buscarle cuando las primeras sombras de la noche empezaban á envolver la población.

Invariablemente llegaba el ciego á la esquina aquella; menester hubiera sido que lloviera copiosamente ó nevase en abundancia para que dejase de acudir armado de su violín y guiado de la chica; allí permanecía horas enteras mañana y tarde arrancando notas del instrumento, que no tocaba del todo mal.

—¡Dios se le pague á usted, mi amor! decía cuando le daban alguna limosna.

La joven aquella que le acompañaba, no era su hija, ni parentesco alguno los

unía; antes de ser ciego la encontró un día en un camino abandonada, cubierta de harapos y hambrienta; él ganaba entonces lo suficiente para vivir formando parte de la orquesta de un teatro de segundo orden, era soltero y solo, tenía ya bastantes años, podría la niña ayudarle en su vejez si él la protegía en la infancia; así lo pensó después de interrogar á la chiquilla abandonada y sin decirle sus propósitos la tomó de una mano para que siguiera el camino con él; ella le miró extrañada al pronto, pero le siguió sin pronunciar palabra. Así entró en Madrid de vuelta de Chamartín; le importaba poco lo que de él se digere; no teniendo edad para calaveradas, su carácter abonaba su conducta; todo se reducía á una buena obra y con las buenas obras se gana el cielo.

Cuando entró en su casa la anciana criada, Vicenta, que le servía, gruñó no sé qué entre dientes; el músico no la hizo caso y desde aquel día se dedicó á educar á la niña que dijo llamarse Mela, dejando suponer que su nombre de pila fuera Manuela ú otro parecido que permitiera el derivado diminutivo.

No eran padre é hija y sin embargo como tales se querían, ella le llamó padrino porque así se lo dijo él, que gozaba lleno de encanto viendo crecer á la rapaza.

—¡Será fea!—se decía el músico algunas veces con satisfacción,—con satisfacción, sí, porque cuando pensaba que siendo hermosa pudiera venir mañana algún enamorado y llevarse la, sufría atrocemente; prefería que fuese fea por egoísmo, para que no le abandonase nunca.

Cuando quedó ciego por no sé qué imprudencia que cometió un día que tenía en su mesa una pequeña cantidad de pólvora, Mela tenía trece años y era fea efectivamente, desproporcionada y delgada hasta la exageración.

Sus ojos chiquitos y boca grande, su nariz gorda y pómulos salientes formaban de su rostro un rostro grotesco, que dignitaba mirar.

Quedó ciego el violinista y entonces con mayor satisfacción, casi con alegría se dijo nuevamente—¡será fea!—pensando que así nada la obligaría á separarse de él.

Le despidieron de la orquesta de que formaba parte y agotados en su enfermedad los ahorros que poseía, imploró la caridad pública, mientras Mela asistía

como aprendiz á un taller de modista,—colocándose en la esquina que eligió, primero, porque era sitio muy transitado, luego, por costumbre.

Mela cumplió sus quince y ya no era la misma que dos años antes; se había operado en ella ese cambio que al convertir la crisálida en mariposa, al hacer á la niña mujer, la hace variar por completo y al variar la jovencilla ganó con el cambio; si el ciego la hubiera podido ver ya no habría dicho: «¡será fea!» sino por el contrario, el temor no le hubiera dejado vivir en paz.

Mela se hizo lindísima, todas aquellas facciones desproporcionadas se hicieron correctas, su talle adquirió esbeltez, su cuerpo gracia y donaire.

Tuvo mil adoradores que incesantemente la perseguieron poniendo á precio su virtud, pero Mela los rechazó á todos que tuvieron que batirse en retirada declarándose vencidos, cuando la instaban para que se rindiese tratando de seducirla con los esplendores de una vida llena de lujos y placeres, bajo los que se ocultaba el fango del oprobio, ella contestaba sin mostrarse enojada—«tengo que cuidar á mi ciego y soy feliz con mi pobreza, así es que no puede ser».

Entre los galanteadores que solían acudir á la puerta del taller para presenciar el desfile de las oficiales Mela fue bautizada con significativo apodo: la llamaban «la niña de hielo».

Un día se lo hicieron saber sus compañeras, que la envidiaban por la preferencia de que era objeto para con la maestra; quisieron ofenderla y ella se rió en grande al escucharlo, celebrando la ocurrencia.

Hubo osado que llegó á hacer proposiciones al violinista que iracundo trató de castigar y no pudo, tal avilantez; Mela lo supo y tranquilizó al pobre, colmándole de caricias que le devolvieron la calma.

—Mela ¿es verdad que eres bonita? le preguntó un día.

—No lo sé, le contestó ella, pero aun cuando lo fuese no tenga usted temor padrino, mientras usted viva no me casaré.

—¿Y después?

—Luego sí, ya tengo elegido marido y me consta que no tiene prisa que siempre me espera.

El ciego calló celoso y ella comprendiendo sus temores le dijo al oído algunas frases que arrancaron la sonrisa de

sus labios y una lágrima de sus apagados ojos.

Dos años después de esta escena murió el violinista; el primer día que se presentó Mela en el taller, sus compañeras estuvieron con ella deforentes como nunca; aquella tarde con gran asombro de todas las invitó á su boda, que se celebraría al día siguiente en la iglesia de...

A la hora convenida llegaron á la iglesia bastantes personas llevadas por la curiosidad; no tardó en celebrarse la anunciada boda y en pocos minutos Mela contrajo nupciales bodas, haciéndose esposa del Señor.

Con extrañeza las unas, emocionadas las otras, abandonaron la iglesia terminada que fue la ceremonia, en el momento en que Mela depositando en el capillo de las ánimas su capital, consistente en algunas monedas de plata, pronunciaba las postreras palabras suyas que oyó el mundo al soltar la última moneda y decir con entera voz—«¡por el alma de mi ciego!»—

DIONISIO MORQUECHO.

Mayo 1, 1892

## CANTARES

Cuando me dices que lloras al pensar en el pasado, de mis pupilas comienza á escaparse triste llanto.

Dices que fui caprichoso; yo lo escucho, y sólo digo, si tiene razón Ruperta reniego de mis caprichos.

¿Te da vergüenza decirme que aun me quieres? ¡Vive Dios! Deja la vergüenza á un lado y corriendo dime lo...

Tú naciste para amar yo para amar nací. Nos vimos y nos amamos y seguiremos así.

Para juntarnos los dos pídeselo á Santa Rita que según tengo entendido es tu Santa favorita.

Dices que notas calor

UNA VENGANZA

69

—Sea mañana, y daos mientras tanto al diablo, exclamó bruscamente Epernoz, cuya paciencia se encontraba ya agotada. Mañana, la hora de las nueve detrás de... os aguardo; puesto que os es precisa una corrección os la daré apesar de mis pocos deseos de aceptar el papel de un hermano azoteado.

Leopoldo tomó su sombrero y cubriéndose con aire grave:

—Hasta mañana, dijo, y no olvidad que uno de nosotros no debe estar vivo en París.

Después de pronunciada esta dramática frase, saludó con un ligero movimiento de cabeza á su futuro adversario y abandonó el salón tan fiero como debió estarlo David momentos antes de dar principio á su combate con Goliath.

—Qué cosa tan original exclamó Epernoz si verase solo. Le encuentro arrojado á los pies de mi mujer y á causa de esto quiere matarme. Jamás he pensado yo de esta manera.

He aquí un duelo que va á proporcionar á París motivo para mil fábulas cualquiera que sea su desenlace. Vencedor ¿asaré por un sacrificador de inocentes; vencido... caramba! esto sería aun más ridículo. Por mi ánima, no tendría inconveniente en regalar mi mejor caballo si por este medio lograra alcanzar para este barbilampiño algunos años más.

—Clemencia! por tí voy á batirme, decía por su

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

68

sejos como paciencia para escuchar vuestras necias burlas sobre mis pocos años. Hace ya algún tiempo que me fatigan: os declaro que me considero ofendido y os exijo una satisfacción cumplida.

—No os será muy fácil, dijo el hombre de mundo, lanzando una carcajada en las narices del estudiante.

—La hora, el lugar y las armas, preguntó éste con solemne tono.

—La hora! la misma en que os hacéis la barba: el sitio...

—Sino me contestáis seriamente, si quereis evitar que nos encontremos sobre el campo, os forzaré á ello apesar vuestro.

—Cómo?

—Insultándoos públicamente.

—Está completamente loco, se dijo el marido; diantre con el estudiante! batirme con él es aceptar el ridículo. Por otra parte advierto que la paciencia va faltándome.

—Espero vuestra respuesta, dijo Leopoldo invulnerable en su resolución; si aceptáis la mfa, en este día dejaremos terminado todo. Son las tres y de aquí no está muy lejos el bosque de Bologña.

—Hoy mismo es imposible: para esta noche tengo un asunto al cual no quiero faltar.

—Mañana entonces.

UNA VENGANZA

65

después levantándose con una majestad de reina, lanzó al estudiante una aterradora mirada y se dirigió hacia la puerta del salón. En el momento en que ella se disponía á abrir, apareció su marido en el umbral. Allí permaneció un instante inmóvil y silencioso con una desconfiada y aterradora mirada. Epernoz examinó el rostro y actitud de los dos personajes: la visible emoción de Frelan, que parecía clavado en la alfombra le inspiraban desconfianzas que venían á disipar en parte el disgusto continente y la altanera fisonomía de Clemencia. Apartóse para dejarla salir sin dirigirle ni recibir una sola palabra, cerró la puerta, y con aire serio avanzó hacia el contrariado visitante. Cerca de él, de nuevo su mirada cruzó de la cabeza á los pies de Leopoldo, sometiéndolo á un examen más minucioso que la inspección á la cual un sargento instructor somete un recluta; de repente una sonrisa agri-dulce separó sus labios, y sus ojos quedaron fijos, durante un momento, sobre la pierna derecha del pantalón de Leopoldo.

—Caballero Frelan, dijo Epernoz acompañando sus palabras con una mirada burlesca, sólo joven y voy á daros un consejo. Otra vez, cuando queráis arrodillaros á los pies de una mujer, lo cual, entre nosotros, no es del mejor gusto, elegid mejor el sitio. Sabed que no es conveniente hacerlo cerca de un valador de costura; de él se desprenden siempre mil desperdicios tan imprudentes como las falsas alhajas.